

á los seglares; razon es que donde hay mas pecados haya tambien mas penitencia. Si lo consultas con tu amor propio, no habrá penitencia que no te haga daño; consulta el punto con tus enormes culpas, y hallarás que, por mas penitencias que hagas, por austera y por mortificada que sea tu vida, siempre quedarás deudor á la divina Justicia. La penitencia debe ser una virtud ordinaria á todos los cristianos; no se pase día sin que hagas alguna; mortifica tus sentidos, tus ojos, tu lengua; tu apetito, tu gusto y tus pasiones; haz algun sacrificio cada día, acordándote siempre que irremisiblemente perecerás si no hicieres penitencia. *El reino de los cielos padece fuerza, y solamente le arrebatan los que se hacen violencia.*

DIA SÉPTIMO.

SAN GUILLEBALDO, OBISPO.

Fué inglés de nacion, y de casa mas recomendable en la Iglesia por ser familia de santos, que en el mundo por su elevada nobleza; porque Ricardo su padre, Guillebaldo su hermano, su hermana Walpurga y su primo Bonifacio, obispo de Maguncia, todos reciben culto en los altares, y se leen sus nombres en el martirologio.

Nació nuestro santo por los años de 700; y como eran tan virtuosos sus padres, no esperaron á que llegase el uso de la razon para inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. A los tres años cayó peligrosamente enfermo, y experimentándose inútiles los remedios naturales, recurrieron sus virtuosos padres á los sobrenaturales. Llevaron al niño al pié de una cruz que estaba cerca de su casa; y haciendo fervo-

rosa oracion, prometieron á Dios que le consagrarían el niño en un monasterio, si se dignaba su Majestad darle salud. Era entonces costumbre entre los ingleses, particularmente entre la gente de distincion y poderosa, erigir grandes y hermosas cruces, así en sus posesiones como en los lugares públicos, para hacer oracion ante ellas, como aun el día de hoy se observa en todos los países católicos, aunque en unos mas que en otros.

Aceptó Dios la ofrenda de los piadosos padres y oyó sus oraciones, concediendo al niño pronta y repentina salud, la que se tuvo por milagrosa. Su padre Ricardo le detuvo como en depósito en su casa hasta que cumpliese los cinco años; pero apenas los cumplió, cuando le entregó á Egbaldo, abad de Waltheim, quien le hizo educar con el mayor cuidado en el monasterio. Costó poco inclinarle á todos los ejercicios de piedad, y en breve tiempo hizo tan grandes progresos, que se conoció bien el especial amor con que miraba Dios á aquel niño.

Apenas contaba doce años cuando ya le proponian por modelo de la vida religiosa á los mas antiguos. Todas sus ansias eran por el cielo, estando lleno de Dios su tiernecito corazon; y para inflamarse mas en el fuego del amor divino, aprendió de memoria todo el Salterio.

Es indecible la estimacion que se mereció en toda la abadía de Waltheim, no siendo menos respetable por su inocencia y por su virtud, que tiernamente amado por su modestia, por su puntualidad y por su dulcísimo genio. No habia monje que en los tiempos de recreacion no se arrimase á Guillebaldo para gozar de su amabilísimo trato. Desagradóle mucho esta general estimacion, en vez de lisonjearle, y le pareció seria mas conveniente para su mayor perfeccion alejarse de su patria y vivir donde no fuese conocido.

Era en aquellos siglos muy ordinario á los ingleses ir á Roma por devocion , y peregrinar á otros lugares , que hacia célebres en la cristiandad el piadoso concurso de los fieles. Persuadióse Guillebaldo que le mereceria singulares gracias del cielo el visitar en Roma los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo ; y logró tambien persuadir á su padre Ricardo y á su hermano Guillebaldo que le hiciesen compañía en aquel devoto viaje. Fácilmente consiguió la licencia de su abad ; pero no le fué tan fácil consolar á sus hermanos. En medio de eso , el deseo y la esperanza de conseguir por intercesion de los santos apóstoles grandes auxilios para su santificación le hicieron vencer todas las dificultades , y partió con su padre y con su hermano el año de 721 ; pero luego moderó Dios el gozo que tuvo el santo en su piadosa peregrinacion. Murió su padre Ricardo en el camino , y fué enterrado en Luca de Toscana. Continuaron su romería los dos hermanos y llegaron felizmente á Roma , donde se detuvieron casi un año para satisfacer su devocion.

Bien queria Guillebaldo llevar mas lejos á su querido hermano ; pero este se vió precisado á volver á Inglaterra ; y habiéndose separado los dos con demostraciones de la mayor ternura , se juntó nuestro santo á otros dos ó tres jóvenes ingleses que encontró en Roma , y peregrinó con ellos á visitar los santos lugares de Jerusalem. Necesitaron todos de mucho esfuerzo para tolerar las fatigas y trabajos del camino ; pero les sostuvo su devocion. A los trabajos forzados añadieron las penitencias voluntarias ; vivian de limosna , dormian sobre la dura tierra , su comida era pan y agua.

Para mayor aumento de sus penas permitió el Señor que en Emesa , ciudad de Fenicia , los tuviesen por espías , los arrestasen y los cargasen de prisiones ;

pero su divina y amorosa providencia no se olvidó de ellos. Viólos en una ocasion un mercader rico de la misma ciudad , hizo que le refriesen sus aventuras , y dispuso Dios que se agradase tanto de su modestia , y de tal manera se compadeciese de su desgracia , que ofreció á los sarracenos todo lo que le pidiesen por su libertad ; pero impresionados estos en el concepto de que eran espías , nada pudo conseguir de ellos ; por lo que únicamente dedicó todo su cuidado á suavizarles y aliviarles cuanto le fué posible los trabajos y las penalidades de la prision. Enviábales todos los dias por la tarde y por la mañana cuanto habian menester para sustentarse , y tenia gran cuidado de que un hijo suyo los visitase con frecuencia. Llegó á tanto su caridad , que salió por fiador para que se les diese libertad algunas veces , pudiendo salir todos los domingos á visitar una iglesia , donde pasaban una buena parte del dia ; y habiendo asistido á los divinos oficios , se restituian despues á su prision.

Con ocasion de estas frecuentes salidas se dieron presto á conocer los tres jóvenes ingleses. Admiraban todos su apacibilidad , su devocion y su modestia ; ibanse tras de ellos hasta la iglesia ; salian para verlos á la puerta de la calle , y cada uno deseaba saber el motivo de su desgracia. Entre todos un español establecido en Emesa se informó de ellos mismos , así de quienes eran , como de los sucesos de su vida , y se ofreció á prestar sus buenos oficios con el rey de los sarracenos. Era un hermano suyo gentilhombre de cámara de este principe y de gran valimiento en la corte , por cuyo medio consiguió que se les diese libertad , y se les dejase proseguir pacíficamente su viaje.

Conociendo los muchos favores que debian así al mercader de Emesa como al español , explicaron su reconocimiento mas con lágrimas que con pala-

bras; y dándoles vivísimas muestras de su eterna gratitud, se despidieron de sus bienhechores y partieron á Palestina. Vieron devota y cuidadosamente todo cuanto podia contentar su piadosa curiosidad; y no satisfechos con visitar los santos lugares santificados con la presencia del Salvador, quisieron ver tambien los mas célebres monasterios de la Tierra Santa, donde mas resplandecía la perfeccion evangélica. Favorecia Dios á Guillebaldo con dulcísimos consuelos; pero al mismo tiempo se los mezclaba tambien con las mas amargas pruebas. Haciendo un dia oracion en la iglesia de san Matias, perdió de repente la vista, y se pasmaron sus compañeros al ver la resignacion con que llevó este trabajo. No alteró un punto la alegría de su corazon ni de su semblante la pérdida de los ojos; y vueltos á Jerusalem, estando en la iglesia de Santa Cruz dos meses despues, recobró la vista tan inesperada y tan repentinamente como la habia perdido. En San Juan de Acre le detuvo algun tiempo una dolorosa enfermedad; pero nunca se desmintió su paciencia, y apenas recibió la salud, cuando se embarcó con sus compañeros para Italia.

La fama que tenia en el mundo el Monte Casino, acabado de reparar á la sazón por el papa Gregorio II, no podia menos de llamar la devota curiosidad de Guillebaldo. Halló en él muy pocos monjes; pero le edificó tanto su fervor, que se resolvió á aumentar su número, y fué recibido con gozo universal de todos juntamente con uno de sus compañeros. Diez años vivió en el monasterio, donde con sus ejemplos se renovó el primitivo espíritu de su santo instituto. Encomendáronle los primeros oficios de la casa, que desempeñó muy á satisfaccion y con general aplauso de los monjes. Gustaba quieta y pacíficamente las deliciosas dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dejarla. Por el concepto grande que se tenia

de su eminente virtud echó el abad mano de él para enviarle á Roma á negocios del monasterio. Luego que llegó, informado el papa de su talento y de su mucha santidad, le mandó partir á Alemania, dirigiéndole á san Bonifacio, que era primo del mismo Guillebaldo. San Bonifacio no quiso que estuviese oculto por mas tiempo aquel tesoro, y le ordenó de sacerdote. Con el sagrado carácter creció el esplendor de su virtud, y en breve tiempo se reconoció que Guillebaldo era tan poderoso en palabras como en obras; porque, habiéndosele encargado el cuidado de la iglesia de Eichstar en Baviera, hizo tanto fruto con sus ejemplos y con sus sermones, que san Bonifacio le consagró por obispo de ella. Tuvo mucho que padecer su humildad cuando se vió en dignidad tan elevada; pero al mismo tiempo excitó todo su zelo. Habian arruinado los Hunos aquella ciudad, y se experimentaban lastimosamente en la religion los estragos de los bárbaros. No es posible decir lo mucho que trabajó y padeció para arrancar la maleza de aquella tierra inculta; necesitó de toda su dulzura y de toda su heróica paciencia para superar las dificultades; pero al fin salió con su intento. En menos de seis meses mudó de semblante toda la diócesis de Eichstar; restableció la disciplina en su primitivo fervor, reformó los abusos, enmendó las costumbres, y se vió reinar en todas partes la cristiana piedad.

Era el carácter de nuestro santo una compasiva caridad con el prójimo, que le hacia amable á todo el mundo. Su mayor gusto era ejercitarla, y nunca se mostraba mas alegre que cuando servia en algo á los miserables. Tenia un singula don para consolar á los afligidos; porque su persona, su aire, sus palabras, sus mismos gratísimos modales, todo consolaba. Querria estar menudamente informado de las necesidades de todos los particulares, compadeciéndose tanto de

las miserias ajenas, que podia decir con san Pablo: ¿Quién está afligido que yo no lo esté con él? ¿quién está enfermo que á mi no me quebrante el corazon? Pero la dulzura era no mas que para los otros, para sí reservaba toda la severidad. Luego que acabó de construir su catedral, juntó una comunidad de religiosos, con los cuales vivia observando toda la exactitud y toda la severidad de la regla monástica, y practicando los mismos ejercicios y la misma penitencia que hacia en Monte Casino. En fin, despues de haber trabajado cuarenta y cinco años en arreglar y en santificar su diócesis con un zelo verdaderamente apostólico, murió en Eichstar en 7 de julio del año 787, á los 87 de su edad, consumado en el ejercicio de todas las virtudes y sumamente llorado de todo su pueblo.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fué san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del pais. Ocupaba su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado, ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras, como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificios en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oír al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia les llevó desde luego toda la atencion, pero mucho mas los arrebataron las nuevas y

grandes verdades que anunciaba. Acabado el sermón le suplicaron se sirviese ir á su casa, para explicarles mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto, pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian y para descubrirles el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, dando esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria este gusto, y que solicitaria le veniese á ver el santo obispo. Con efecto siete dias despues entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó publicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas, á ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fué necesario hacer mas capaz, y en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia, por el zelo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazón solo contaba diez años de edad; y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo niño Fermin. Dirigido

por tan noble maestro, y ayudado de su excelente ingenio y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo muchos y muy rápidos progresos. Descubrió muy desde luego como una natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza, reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fué admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud, y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques de san Honesto no le permitian ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud y manifestándose cada día mas y mas su singular talento, determinaron sus padres enviarle á Tolosa, para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa asi de la virtud, como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus eminentes y raras prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando la resistencia de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero y despues le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño y al despedirle, le dijo: *Alégrate, carisimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas, por la gracia del Señor, parte inmediatamente á tener cuidado de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confia en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fué recibido de su pueblo. Comenzó luego á ejercer las funciones de su estado; y desde que se dejó ver en el púlpito, conocieron todos que Dios les habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesis, haciéndose todo á todos para

ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los ídolos, y fué tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el pais de fervorosos cristianos.

Animado su zelo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para dar pábulo á los incendios de su ardor. Ordenó suficiente número de presbíteros, para que cuidasen de aquella nueva cristiandad; y penetrado su corazon con las palabras de Cristo: *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Galias, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar á los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion, que á manera de un fuego violento y arrebatado se iba extendiendo por todas las Galias. Salió de Agen y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia, tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió, y habiéndolos instruido, les confirió el bautismo: conquista que ganó para

Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo apóstol á emprender nuevos trabajos con estas conquistas, se trasladó á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo un inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su zelo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo, cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Se vió privado de todo humano consuelo, abrumado de fatigas, agobiado del peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos y en continuo peligro de la vida; pero nada fué bastante para poner límites á su fervor y á su zelo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de muchas otras.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en Beauves con extraordinaria crueldad, voló allá, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fué reconocido por cristiano, y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fué encerrado de su órden en una horrorosa cárcel. Pero no bastaron para satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perseveró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusieron en libertad

los mismos ciudadanos. Aprovechándose de ella san Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Beauves con tanta bendicion y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Pais-Bajos con el mismo zelo y con igual fruto, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fué el primer pastor. En los tres primeros dias que predicó, convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras del apóstol. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus piés; los demonios dejaban los cuerpos que poseian, solo con ponerse delante de san Fermin; no habia enfermedad que al instante no curase, invocando el nombre de la Santísima Trínidad. Era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con san Pablo y san Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia, á quien algunos llaman Juliano, lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros. A lo que respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero y Redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentía, con tanta elocuencia y con tanta majestad, que enamorado el mismo gobernador de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio co-

menzó á predicar la religion; de lo que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que echasen mano de él y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro santo, revelándole que presto recibiria el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Así sucedió, porque el dia siguiente el gobernador, temiendo alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel; lo que aconteció el dia 25 de setiembre, y en el mismo se celebra su fiesta en varias partes.

Cierto señor, llamado Faustiniano, á quien el santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fué trasladado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado á nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga serie de años, no sabiendo ya los cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos á que rogasen instantemente al Señor que les descubriese el cuerpo de su santo apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia en aquel triduo, pasándole en continua oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosas súplicas, porque al tercer dia, antes de amanecer, vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia perpendicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que, segun se iba profundizando el hoyo, se exhalaba de él un maravilloso olor, que llenó de

suavisima fragancia toda la iglesia. Crecia esta conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio donde habia estado oculto seis siglos habia. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la realidad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens, que, habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa reliquia fué la de san Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo mártir.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, los santos mártires Claudio, oficial de alistamientos militares, Nicótrato, secretario de prefectura, Castorio, Victorino y Sinforiano, convertidos á la fe por san Sebastian y bautizados por el presbitero san Policarpo. Estando buscando cuerpos de mártires, mandólos prender el juez Fabian, quien por espacio de diez dias empleó las amenazas y los ruegos para moverlos á apostatar, sin poder recabar de ellos la menor cosa. Viendo que nada conseguia, aplicóles tres veces el tormento, mandando por último arrojarlos al mar.

En Durazo, en Albania, los santos mártires Peregrin, Lueiano, Pompeyo, Nesiquio, Papio, Saturnino y German, todos Italianos, que, retirados en aquella ciudad durante la persecucion de Trajano, vieron crucificar en ella á san Asto por la fe de Jesucristo, y empezaron á gritar que tambien ellos eran cristianos.

Al punto fueron cogidos por orden del gobernador y arrojados al mar.

En Alejandria, la fiesta de san Panteno, varon apostólico y dotado de gran sabiduría. Fué tan zeloso y apasionado de la palabra de Dios; que, cediendo á los impulsos de su fe y piedad, se fué á predicar el Evangelio de Jesucristo á las naciones mas lejanas del Oriente; y en fin, de vuelta á Alejandria, murió en paz en el reinado de Antonino Caracala.

En Bresa, san Apolonio, obispo y confesor.

En Sajonia, san Guillebaldo, primer obispo de Eichstadt, que, dedicado con san Bonifacio á la predicacion del Evangelio, convirtió á Jesucristo muchos pueblos.

En Clermont en Auvernia, san Aliro, obispo.

En Urgel en Cataluña, san Eudo, obispo.

En Inglaterra, san Hedo, obispo de los Sajones occidentales.

En dicho reino, santa Aubierga, virgen, hija de un rey de aquella nacion.

En Seez, san Sigisbaudo, obispo.

En Auxerre, san Angelaumo, nativo de Baviera.

En Viena, san Eoldo, obispo.

En Egipto, san Basenda, obispo y mártir.

En Forconio, cerca de Aquila en el Abruzo, san Eusano, presbítero.

En Ravena, san Juan el Angelopte, predecesor de san Pedro Crisólogo.

En Como, san Cónsul, cuyo cuerpo es venerado en dicha ciudad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Guillebaldi, confessoris tui atque pontificis, concédenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bien-

ficis, veneranda solemnitas, aventurado Guillebaldo, tu confesor y pontífice, se aumente devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum... en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 2 de la del apóstol Santiago.

Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Nunquid poterit fides salvare eum? Si autem frater, et soror nudi sint, et indigeant victu quotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini; non dederitis autem eis quæ necessaria sunt corpori; quid proderit? Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa. ¿Qué importa, hermanos míos, que diga alguno que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura, podrá la fe salvarle? Pues si el hermano y la hermana estan desnudos, y necesitan del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos, y no les da las cosas necesarias al cuerpo, ¿qué les aprovechará? De la misma manera la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.

NOTA.

« Escribió esta epístola Santiago el Menor, llamado » *Hermano* del Señor; esto es, primo, segun el estilo » de los judios, que tratan de hermanos á los parientes » inmediatos. Dirijióla á los judios convertidos á la » fe y dispersos por todo el mundo. El motivo ó la » ocasion fué el abuso y la errada interpretacion que » daban muchos á lo que habia dicho san Pablo, *de que la fe nos justificaba delante de Dios*. Declaróles » Santiago que la fe sola no basta, y que es menester » sea acompañada con las buenas obras. Escribióse » esta carta hácia el año 62 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le sirve? No creer lo que nos enseña la religion cristiana, es locura; no vivir conforme á lo que se cree.